



Fe y la razón: del espíritu humano, las dos alas.

(por MSc. Nelson O. Crespo Roque)

Estimados invitados al encuentro conmemorativo por el X Aniversario de la publicación de la Encíclica “Fides et ratio”.

Señoras y señores:

Pitágoras, uno de los pilares ineludibles de la tradición greco-latina, afirmaba que dos cosas habían sido dadas a los hombres y que eran las más hermosas: decir la verdad y hacer el bien. Este imperecedero principio resulta siempre recurrente, sobre todo en estos días en que celebramos el X Aniversario de la publicación de la Encíclica “Fides et ratio”, del Santo Padre Juan Pablo II; venerado e inolvidable Pontífice, a quien esperamos, con la gracia de Dios, ver pronto elevado a la gloria de los altares.

La Encíclica “Fides et ratio”, (Fe y razón), vio la luz en un contexto plagado por una difundida desconfianza hacia las afirmaciones globales y absolutas por parte de aquellos que intentan presentar a la verdad como un elemento subjetivo y relativo. Hoy, diez años después, esta realidad, (lamentablemente), ha acrecentado sus cotas para sumergirse aún más en lo que el filósofo italiano Gianni Vattimo definiera como “el pensamiento débil” que impera en la contemporaneidad, signada por la filosofía del fragmento; aquella en la cual el hombre evita comprometerse con cosmovisiones o con convicciones firmes y abarcadoras de la totalidad; debido, en parte, a la experiencia negativa de los sistemas totalitarios que, de modo sutil o manifiesto, se han aprovechado muchas veces de ellas para transformarlas en burdas ideologías.

Entre otros elementos, ello constituye una de las causas de que hoy, como una especie de péndulo oscilante, nuestra generación esté intrincándose en el extremo opuesto del eje pendular, al considerar no sólo la ética, los principios y las convicciones, sino también a la verdad en sí misma, como algo que se alcanza por medio de una especie de asentimiento de mayoría parlamentaria, en el que cada cual, al libre albedrío, vota u opta, por lo que, particular y aisladamente, considera qué es la verdad. Situación preocupante de cara al futuro de la humanidad y que el Papa Benedicto XVI, en sus años de cardenal, acuñará como la “Dictadura del Relativismo” que pretende imponernos el modo de pensar de la contemporaneidad, so pena de tildar como dogmático, retrogrado o poseedor de un pensamiento medieval a todo aquel que no entre en el ruedo del nuevo paradigma.

Así las cosas, las versiones radicales del postmodernismo critican tanto la visión cristiana del mundo, como la herencia de la Ilustración en las cuales se forjaron las tesis fundamentales de la cultura y de la ciencia moderna; intentando arrojar por la borda, como si fuera una especie de lastre petulante, uno de los axiomas que definían el período de la Ilustración: “atrévete a pensar, atrévete a saber más”

De este modo, la razón, los principios, las convicciones, han quedado desvirtuadas y están siendo suplantadas por la práctica de una especie de pseudo misticismo privado que, en amalgama con los postulados de la amorfa e impersonal ideología del “New Age”, del “todo vale”, exagera un modo de ver e interpretar la realidad cimentado en principios neoplatónicos y en el uso indiferenciado de epítetos cuyo real significado y alcance ignoran, en no pocas ocasiones, algunos de sus propios neófitos al referir conceptos como: “religión de la globalización”, “conspiración o Era de Acuario”, “recurso de mancia”, “conciencia crística”, etc.

Por ello, no deja de resultar significativa la fecha escogida en 1998 por el Santo Padre Juan Pablo II para la publicación de su Encíclica: 14 de septiembre, día consagrado por la Iglesia para celebrar la Exaltación de la Santa Cruz; esa Cruz que, como precisa el apóstol San Pablo, no deja de ser necesidad para los que buscan sólo los saberes humanos, como escándalo para los que, con un fideísmo exacerbado, buscan únicamente prodigios y portentos divinos (cf. 1 Co 1, 23).

Para ahondar en el tema, remitámonos al escritor inglés Lewis Carroll, específicamente a una de sus obras: “A través del espejo y lo que Alicia encontró al otro lado”, (segunda parte de “Alicia en el país de las maravillas”). Esta obra de Lewis Carroll es un cuento pensado para los niños, pero leído y citado muchas veces por los que no son tan niños. De él recreo una escena que puede resultar iluminadora para el tema que nos ocupa.

La escena en cuestión es un diálogo entre Alicia, que aparece sentada bajo un frondoso árbol, y un mosquito que se encuentra posado en una de sus ramas. En determinado momento del diálogo, el mosquito pregunta a la inocente niña: “Alicia, ¿a ti te gustan los insectos?”, ella responde: “Me gustan cuando pueden hablar, pero en el lugar de donde yo vengo no hay ninguno que hable”. Y agrega: “Pero lo que sí puedo es decirte los nombres de algunos de ellos”. Ante esta respuesta el mosquito le pregunta: “Alicia, ¿y los insectos responden por sus nombres?” La niña contesta: “Nunca me lo ha parecido”. A lo que el mosquito replica contrariado: “Entonces, ¿de

qué sirve que los insectos tengan nombres, si ellos no responden cuando tú los llamas?”. Alicia contesta muy segura de sí: “A los insectos no les sirven de nada, pero sí les sirven a las personas que les dan los nombres”. Con certeza, algunos de ustedes se estará preguntando en estos momentos: ¿Qué tiene que ver este infantil diálogo con la Encíclica papal? Si leemos fríamente el diálogo, nada tendrá que ver, pero, si ahondamos en su trasfondo, el mismo posee cuestionamientos de una profundidad que no podemos eludir; sobre todo de cara a los pro y los contra de los nombres y encasillamientos que los hombres damos a las cosas; con los subsiguientes supuestos y presunciones que de ellos concluimos.

Terminologías.

Si nos remitimos al texto bíblico y preguntáramos a algunas personas cuál fue, según el alegórico y metafórico relato del libro del Génesis, el primer acto que realizó el hombre recién creado; no pocos responderán sin apenas pestañear: “El Pecado Original”. Sin embargo, ello constituye un error, no sólo exegético, sino también, pudiéramos decir, (aunque no es la palabra más adecuada), un error “cronológico”.

Según el mensaje que nos transmiten las profundas y sapienciales metáforas encerradas en los tres primeros capítulos del Génesis, el primer acto que realizó el hombre sobre la tierra no fue un acto de desobediencia, como tampoco lo fue uno de obediencia. Tanto para obedecer, como para desobedecer, es necesario que exista una ley, pues, como recuerda San Pablo: “donde no hay ley no hay pecado” (Rom 4,5).

Por ello, si leemos detenidamente el génesis bíblico, veremos que el primer acto que realizó el hombre sobre la tierra fue la consumación de una invitación para la cual tuvo que desplegar a plenitud las latentes potencialidades de la racionalidad con que fue concebido por el Creador; racionalidad a partir de la cual, (por encargo divino), Adán “pone nombre” a cada uno de los elementos de la Creación que el Creador presenta ante él con este fin (cf. Gen 2, 19).

Ahora bien, en el lenguaje bíblico, “poner nombre” no va a constituir un mero acto de identificación; sino que, a la par de expresar el dominio de quien nombra sobre aquello que es nombrado, “poner nombre” viene a ser algo así como definir la esencia de lo que se nombra. De este modo, para “poner nombre”, no sólo hay que “conocer” lo que se nombra, sino, además, “saber” su esencia.

Esto nos pudiera parecer un bizantino juego de palabras, pero no lo es. “Conocer” refiere un contacto directo con el objeto de referencia, ya sea a través de la experiencia o a través de la percepción. “Saber”, por el contrario, (al remitirse a la esencia), es un conocimiento que emana a partir de conceptos, de ideas. Es, en una palabra, algo que implica unívocamente a la razón.

Es por ello que “saber”, en contraposición a “conocer”, es algo propio y exclusivo del ser humano; es la manifestación de una racionalidad, de un logos, no sólo inmanente o subyacente como el operante en el meticuloso e indesviable orden de la naturaleza, sino, además, la presencia de un logos activo y explícito; lo cual va a constituir el elemento definitorio e identificador del ser humano de cara a cualquier otro ser viviente.

Únicamente el ser humano, de cara a la Creación, posee una racionalidad, un saber, un pensamiento abstracto, que en modo alguno apreciamos, (ni apreciaremos nunca), en ninguna especie animal, por más desarrollada o evolucionada que esta sea, (menos aún en la materia inanimada). Una especie, un animal altamente evolucionado, podrá, (hasta cierto punto), llegar a “conocer” a través de la experiencia, o a través de un paciente y sistemático amaestramiento o entrenamiento por parte del hombre, pero lo que sí nunca podrá es “saber”, cuestionar o definir racionalmente la esencia intrínseca de las cosas.

No obstante, aún cuando lo anterior resulte obvio, no faltan los que consideran estas afirmaciones como algo circunscrito al ámbito de la religión, específicamente a la fe cristiana, pero no lo son. Si nos remontamos algunos siglos antes de Cristo, a Aristóteles, por ejemplo, veremos que éste, a pesar de su postulado del hombre como “animal racional” precisa: “La razón de que el hombre sea un ser social, más que cualquier abeja y que cualquier otro animal gregario, es clara... los humanos, frente a los demás animales, poseen, de modo exclusivo, el sentido de lo bueno y de lo malo, de lo justo y de lo injusto, y las demás apreciaciones...”. ¿Qué quiere decir Aristóteles con estas palabras?

Simplemente que, a diferencia de cualquier otro elemento de la Creación, únicamente el hombre posee, por naturaleza, grabada en su corazón la Ley Natural, ley que no es más que el sello en el espíritu humano del esplendor del rostro de Dios, y que se denomina “natural” no porque sea algo operante en la naturaleza en general, sino, más bien, porque es algo propio de la naturaleza humana en particular, más allá de contextos históricos, culturales, raciales o religiosos.

La Ley Natural no es más que la semilla del Verbo, la semilla del Logos presente en todo ser humano. Estas semillas son las que lo hacen capaz, por medio de la luz natural de la razón, de discernir entre el bien y el mal, entre lo justo y lo injusto; no como árbitro o legislador, pues el hombre, ni crea, ni formula la Ley Natural, sino que obra en él en virtud de su excepcional naturaleza: ser la única criatura sobre la tierra capaz de pensar y elegir, la única criatura racional y libre, la única criatura con capacidad y posibilidad de opción.

Este logos latente en todo hombre se manifiesta, además, en su incansable búsqueda de la trascendencia, (désele el nombre o la definición que se le dé), y en las facultades críticas que posee por natura y que subyacen bajo cada una de sus investigaciones, sean científicas, filosóficas, culturales, políticas, religiosas, etc.

Y esto constituye, en sí, la cota más alta de la Creación; es lo que hace al ser humano, (entre otros aspectos), "imagen y semejanza de Dios" (Gen 1, 26); es lo que lo hace "capax Dei". Realidad que lo ubica, (a pesar de ser él también obra de sus manos), no sólo por encima de todo lo creado, sino, además, en una posición tal que le permite acceder a las "verdades teológicas naturales", al Creador mismo; aún cuando Dios sea el Inconmensurable, la luz que supera no sólo todas nuestras visiones, sino también todas nuestras humanas consideraciones. Y es que el ser humano, (en palabras de San Gregorio Naciaceno), "habiendo sido creado como ser racional (anhela, por naturaleza), alcanzar el Logos por medio del logos".

Fe Teologal Vs. "creencias naturales"

Desde su nacimiento el hombre está inmerso en disímiles tradiciones de las cuales recibe no sólo el lenguaje y la formación cultural, sino también muchas verdades o consideraciones en las que, casi instintivamente cree. El crecimiento y la maduración personal llevarán a que muchas de estas verdades puedan ser puestas en duda y discutidas por medio de la peculiar actividad crítica y analítica del pensamiento humano. A pesar de ello, en la vida de todo ser humano las consideraciones, las verdades simplemente aceptadas o creídas de facto, van a ser siempre mucho más numerosas que las adquiridas o las asimiladas por medio de la constatación o la comprobación personal.

En efecto, ¿acaso alguno de nosotros se atrevería a afirmar que conoce, aún someramente, todos y cada uno de los innumerables logros y resultados de las ciencias modernas?, ¿acaso alguno de nosotros podría investigar y conocer por su cuenta el inmenso flujo de informaciones que diariamente recibimos y que aceptamos como fidedignas sin mayores vacilaciones o cuestionamientos?, ¿acaso alguno de nosotros podría reconstruir individualmente, paso a paso, los procesos de experiencia y de pensamiento a partir de los cuales se han acumulado los tesoros de la sabiduría de la humanidad y de los cuales todos, (sin excepción), somos tributarios? El hombre, ser que busca la verdad, es, de este modo, aquél que vive de creencias, (cf. F et R # 31); creencias que, como las que acabamos de mencionar, salta a la vista que no tienen relación ni vínculo alguno con el hecho religioso.

Ahora bien, esto que hemos referido a este cúmulo de creencias que diariamente aceptamos sin mayores vacilaciones o cuestionamientos, y que pudiéramos denominar "actos de fe humana natural", es valedero también para la fe religiosa, o, más concretamente, para la "Fe Teologal". Aunque en este punto hay que hacer una precisión que demarca, no sólo cada campo, sino también su fundamento.

Las creencias que hemos denominado "actos de fe humana natural", aquellas que sin mayores cuestionamientos el hombre cree día a día basado en el testimonio o en la credibilidad de aquél, (o de aquellos), que las emiten; díganse: informaciones periodísticas, proyecciones económicas, políticas demográficas, hipótesis o teorías científicas, (en este último aspecto excluimos las definiciones que ostentan el rango de Ley), etc., son siempre relativas y condicionadas no sólo por el contexto sociocultural, sino también por el nivel de conocimiento alcanzado en el mismo. De ahí que existan creencias o postulados que, aún cuando en determinado contexto pudieran ser consideradas como pragmáticas, siempre están propensas a ser modificadas cuando cambie el contexto, o simplemente perfeccionadas o superadas por el propio desarrollo del intelecto, del saber humano.

Por este motivo, es necesario estar siempre alertas y discernir entre lo relativo y lo certero, entre el trigo y la paja; pues, aún cuando el hombre experimente, piense o actúe con la más sana de las intenciones, puede equivocarse; y de ello la historia da múltiples y policromáticos testimonios. De ahí la sabiduría del axioma popular: "De buenas intenciones está empedrado el camino del infierno".

La Fe Teologal, por su parte, (y acentuamos: "Fe Teologal", no simple fideísmo), no se yergue en cánones culturales, culturales o cognoscitivos de un contexto histórico determinado, (aunque indiscutiblemente éste marca su impronta), sino que refiere un acto de confianza de quien se fía en la palabra empeñada por un "Ser" al que la fe refiere con la palabra "Dios"; fe que genera en el creyente una especie de movimiento, un ponerse en marcha que, poco a poco, paso a paso, (si ese paso es firme), va a superar la preliminar hipótesis, la preliminar confianza, para acercarse a la certeza. Certeza que, en su empinado y escabroso camino, no estará exenta de los inevitables (y necesarios) momentos de cuestionamientos, ni de las cruces de los lapsos de aparentes silencios, aquellos que San Juan de la Cruz definiera como "la noche oscura de la fe".

Mirando a través del espejo.

Este es el motivo por el cual para la fe cristiana es ineludible el recurso de la razón, pues, si la fe no fuera racional, no sería ni responsable, ni libre, ni humana. Ahora bien, la fe, aunque razonable, no es simple raciocinio, por lo que necesita del auxilio ineludible de la Revelación: realidad que está más allá del hombre, y que abre las puertas a la automanifestación de Dios para trascender la magna, pero finita razón humana, e intrincarse en el terreno de lo supraracional, terreno en el cual la razón, a pesar de su excelsitud, no puede acceder a partir de su mero ejercicio; dado que Dios, (por definición), no es algo de lo existente, sino que está por encima de toda existencia.

Por este motivo, únicamente a partir de la luz de la Revelación el hombre puede sondear lo que la razón pretendía alcanzar y no lograba; pues, como recuerda San Pablo a los Corintios, "ahora vemos de manera confusa,

como en un espejo” (1 Co 13, 12). Debido a estos omnipresentes espejos, a estos omnipresentes espejismos y desvaríos de la razón que siempre están ante nosotros y que nos seducen, el Papa Juan Pablo II indica en su Encíclica que la razón, en su búsqueda de la verdad, debe respetar algunas reglas de fondo para expresar mejor su propia naturaleza.

Una primera regla consiste en tener en cuenta el hecho de que el conocimiento del hombre es un camino que nunca tiene descanso; la segunda nace de la conciencia de que dicho camino no se puede recorrer con el orgullo de quien piensa que todo es fruto de una conquista personal; una tercera se funda en el temor de Dios del cual la razón debe reconocer a la vez su trascendencia soberana y su amor providente en el gobierno del mundo. (cf. F. et R. # 18).

Es por ello que el Logos definido a partir de la luz natural de la razón por la filosofía, particularmente por la griega, va a encontrar en la Revelación su definitivo quilate. Para Heráclito, por ejemplo, (varios siglos antes de Cristo), “...aunque esta Razón (este Logos) existe siempre, los hombres se tornan incapaces de comprenderle, tanto antes de oírle, como una vez que le han oído. En efecto, aún cuando todo sucede según esta Razón, (los hombres) parecen inexpertos”.

Y es que el ser humano con el discurrir de su pensamiento, con la luz natural de la razón, puede llegar, como afirma Santo Tomás de Aquino, hasta la causa primera, hasta el principio y origen de todo cuando existe. Ello le permite, asiéndose únicamente de la razón, “reconocer lo divino”; pero sólo eso: “reconocerlo”, no “conocerlo”. Sin embargo, a partir del acontecimiento de la Encarnación del Hijo de Dios se produce un giro de 180°. A partir de ella, ya no sólo es posible “reconocer” a Dios, sino, además, “conocer”, “saber” de primera mano no únicamente “quién es Dios”, sino también “cómo es Dios”, porque el que se encarna no se convierte en una impersonal energía cósmica, ni en un espectral ser etéreo, sino que, sin perder su naturaleza divina, se hace hombre, se hace uno de nosotros: carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre.

Es por este motivo que el prólogo del evangelio de San Juan nos revela, (con un lenguaje cercano al de la filosofía griega, pero distanciado diametralmente de sus sofismas): “En el principio era el Logos (es decir, la Razón), y el Logos era con Dios, y el Logos era Dios... por él fue hecho todo cuanto existe, y sin él nada de lo que existe es... y el Logos se hizo carne y puso su morada entre nosotros, y hemos visto su gloria, gloria del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad” (cf. Jn 1, 1-14).

Y aquí caemos en el quid del asunto: el Logos, la Palabra, el Verbo, la Razón divina no es, (parafraseando a San Justino), lo que es sembrado en el hombre, sino más bien el que siembra. Con la encarnación del Logos tenemos ya entre nosotros la plenitud del Logos, no solamente un reflejo de El como nos lo presentaban los filósofos griegos y nos lo presentan aún algunos sistemas de pensamiento. A partir de la Encarnación los cristianos gozan de la experiencia de fe que viene del encuentro vivencial con el Logos encarnado: Jesucristo; conscientes de que El, Logos Eterno, Dios y Hombre verdadero, trae la respuesta última y definitiva sobre Dios y sobre el hombre.

Ahora bien, ello no implica una encriptación de la fe cristiana. El Concilio Vaticano II al respecto recuerda que “la Iglesia Católica no rechaza nada de lo que en otras religiones es verdadero y santo”, (y por extensión pudiéramos añadir: “sistemas de pensamiento”). La Iglesia, continúa el Concilio, “considera con sincero respeto los modos de obrar y de vivir, los preceptos y las doctrinas que, aunque discrepen mucho de los que ella mantiene y propone no pocas veces reflejan, sin embargo, un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres” (Declaración “Nostra aetate” # 2).

Racionalidad Vs. Fideísmo.

El cristianismo, por ende, aún cuando algunos han intentado presentarlo como un “opio para los creyentes”, como una “evasión de la realidad” o como una búsqueda de “paternales seguridades”; es, pese a estos trasnochados intentos de marginación, un modo de conocimiento racional, conocimiento que tiene por objeto la verdad del juicio expresado por Aquel que nos habla. Su aceptación, en consecuencia, será un acto racional de asentimiento a una aseveración no verificada o comprobada, sino atestiguada. No obstante, la fe no es ciega, por lo que debe fortalecerse con el encuentro personal con el Señor y con la escucha de la Palabra, la cual debe acogerse confiada y reverentemente; pero también libre, consciente y responsablemente. De ahí el axioma de los Padres: “Entiende para creer y cree para entender”. La fe es, de este modo, una interpelación, una pro-vocación, una llamada o apelo a la razón humana que es emplazada en lo más íntimo de su libertad, exigiendo de ella una respuesta.

De este modo, la primera racionalidad de la fe está en el hecho de que el que acepta e interioriza libremente el mensaje revelado, entiende los términos que lo refieren, a lo que se agrega que la racionalidad de la fe exige que el oyente reconozca que Aquel que le habla no es “una verdad”, sino “la Verdad” en sí misma, Aquel que lo es no sólo por naturaleza, sino, sobre todo, por esencia (Jn 14, 6).

Es por ello que San Agustín refiere: “¿A qué llega quien sabe usar bien la razón, sino a la verdad? No es la verdad la que se alcanza a sí misma con el razonamiento, sino que (ella) es buscada (precisamente) por quienes usan la razón. Confiesa, (pues), que tú no eres la verdad, porque ella no se busca a sí misma; tú, en cambio, no has llegado a ella pasando de un lugar a otro, sino buscándola con la disposición de la mente. El razonamiento no crea

estas verdades sino que las descubre. Éstas, por tanto, subsisten antes incluso de ser descubiertas, y una vez descubiertas se renuevan”.

Es por ello que “sólo a partir de la verdad del ser se puede llegar a la esencia de lo sagrado. Sólo a partir de la esencia de lo sagrado se puede pensar en la esencia de la divinidad. Sólo a partir de la esencia de la divinidad se puede pensar y decir qué debe designar la palabra Dios” (M. Heidegger). Y partir de ello caemos, (dejando atrás cualquier viso de fundamentalismo), en la especificidad cristiana de cara a cualquier otra religión.

En el cristianismo, la piedra angular no es el testimonio expresado o recogido por pensadores o por filósofos, por profetas, por escogidos o por iluminados. El cristianismo es, por definición, la religión del Logos, la religión del Logos hecho carne; es, en consecuencia, el seguimiento a la persona de Jesús, Aquel que se autodeclara, no como un camino, sino como el Camino; no como una verdad, sino como la Verdad; no como un modo de vida, sino como la Vida en sí misma (cf. Jn 14, 6); algo totalmente inédito e irrepetible de cara a los fundadores de las grandes religiones, ninguno de los cuales se arrojó nunca, ni remotamente, tal señorío.

Ahora bien, una cosa es estar seguro de que “algo” existe y otra muy distinta saber lo que ese “algo” es. El cristianismo, en consecuencia, no es la aceptación de “algo” abstracto e impersonal, sino la aceptación de “Alguien”; Alguien cuya enunciación se distanciará radical y racionalmente de cualquier forma o entidad antropomorfa: díganse, por ejemplo, las observadas en la teogonía o mitología greco-latina, o las que conforman el panteón yoruba, (presente y promocionado aún hoy); ejemplos que no son más que un intento de trasladar al plano de lo divino las limitaciones y los sentimientos del hombre, sus virtudes y sus defectos, enmarcándolos como propios en cada una de las divinidades que se refieran; convertidas, de este modo, en una especie de catarsis o exteriorización humana; deidades cuyos adeptos emplazan, condicionan o complacen a partir de ofrendas, ritos o elementos mágicos, como si pudiera ser posible que una deidad esté condicionada por el hombre y no el hombre por la deidad.

Es por ello que la fe cristiana no es una exteriorización de nuestro “yo interno”, ni, menos aún, una vía, (a lo “New Age”) de “autorrealización” o “autoencuentro” con ese “yo”, sino todo lo contrario. El cristianismo, sin suplantar o aplastar el “yo”, lo enaltece y lo purifica, de ahí que sea, ante todo, “un camino”, una invitación, un llamado a configurarse a Cristo. Configuración que en boca del Apóstol de los Gentiles, alcanza una de sus expresiones más sublimes: “No soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí” (Gál 2, 20).

La fe, de este modo, es un movimiento de asentimiento racional que va unido indivisamente a un sí, (íntimo y unipersonal), de la voluntad humana, del “yo interno”, hacia Aquel que viene a nuestro encuentro, no por nuestros méritos, sino por gratuidad, pues, como enfatiza San Agustín, no podemos nunca olvidar que “Todo es gracia”. Por este motivo, la fe es, (y debe ser siempre), una respuesta libre, no obligada; algo propuesto, nunca impuesto. Y es que la existencia de Dios, y todas las cosas que podemos conocer de Él a partir de la luz natural de la razón, no son artículos de fe, sino preámbulos para ellos; razón por la cual, de igual modo que la gracia supone la naturaleza y la perfecciona, así la fe supone y perfecciona a la razón y encuentra la fuerza necesaria para elevarse al conocimiento del misterio del Dios Uno y Trino. (cf. F et R # 43); misterio insondable desde la sola razón y que en la persona de Jesucristo de vela, manifiesta su rostro.

Diálogo, no homogenización.

Para el cristiano es verdad de fe el hecho de que en Jesús Dios lo ha dicho todo, se ha dado, se ha manifestado a sí mismo y, por tanto, la revelación ha concluido con la realización del misterio de Cristo. Ahora bien, ello no significa que la Iglesia esté aferrada y anclada a un pasado remoto al cual únicamente deba remitirse y limitarse así a una estéril y mecánica repetición. La revelación, (como puntualiza el Catecismo de la Iglesia Católica), aunque acabada, no está completamente explicitada, por lo que corresponderá a la fe cristiana comprender gradualmente todo su contenido en el transcurso de los siglos, (cf. C.I.C. # 66), hasta que todas las cosas sean recapituladas en Cristo (Ef 1, 10); cabeza no sólo de su cuerpo místico, la Iglesia (Col 1, 18), sino, también, en cuanto Logos, en cuanto Razón Eterna, cabeza ontológica del Universo, Aquel por el cual el Universo tiene su consistencia, es y es como es.

La diferencia entre razón y fe no es, por tanto, una diferencia de clase, sino de grado. Por este motivo, la Iglesia no teme a la razón, como no teme a ningún cuerpo sistemático del saber, (díganse: ciencias empíricas o naturales, ciencias formales o ciencias humanas). De igual modo, tampoco la razón, tampoco los diversos campos del saber, (cualesquiera que estos sean), deben tener miedo de la Iglesia, la cual, como maestra en humanidad, con su bimilenaria historia, (no exenta en ocasiones de sombras y pecados), invita incesantemente al diálogo; diálogo que no quiere decir “absorción” u “homogenización”, (menos aún una especie de “sincretismo globalizado”); sino que requiere, junto a la imprescindible apertura, un sólido sentido de identidad por cada una de las partes involucradas; puesto que, para que un diálogo realmente rinda frutos, debe tener como principio supremo el irrestricto respeto a la diversidad y a la pluralidad. Es por ello que estamos llamados a buscar la unidad en la variedad, dado que nada atrofia más a la razón, (en cualquiera de sus facetas), que el monolitismo invalidante; de ahí la ruda, pero certera apelación que Santo Tomás de Aquino nos hace: “Teme al hombre de un solo libro”.

Al respecto es siempre recurrente la praxis utilizada por los cristianos de los primeros siglos en la evangelización “ad gentes”, los cuales, para hacerse comprender entre los gentiles, (sobre todo por aquellos que eran portadores

de la pujante cultura helénica), no se limitaban, como era habitual en el contexto judeocristiano, a presentar a la persona de Jesús como el cumplimiento de lo anunciado y prefigurado por la Ley y los Profetas.

Los primeros cristianos, (salvo lamentables excepciones fundamentalistas), para poder ser entendidos y comprendidos, tuvieron que asumir y digerir minuciosamente la nueva cultura en la que se insertaban para, a partir de esa inculturación, de esa catolicidad (universalidad), anunciar la persona de Jesús y su mensaje salvífico. Y ello con un lenguaje y unas terminologías que resultaran comprensibles y asimilables por el nuevo y disímil contexto, pues, para a un griego, por mencionar un ejemplo, poco o nada le decía la presentación de Jesús como “el descendiente de David”, o como el “siervo sufriente de Yahvé” anunciado por el profeta Isaías.

De ahí que los primeros cristianos tuvieran que apoyarse primero en el conocimiento natural de Dios y en la voz de la conciencia moral de cada hombre (cf. F. et R # 36). Sólo después vendría lo demás. Praxis ésta que en la etapa patrística alcanza su época dorada, al transmitir el mensaje y los misterios cristianos en su unicidad e integridad, pero de un modo accesible a cuantos no eran herederos de la tradición judeocristiana. De otro modo, la potente cultura helénica, (dominante en la época), no hubiera podido asimilar nunca la nueva fe que le era propuesta, máxime de cara al escándalo de la Cruz, misterio insondable que supera todo humano pensar (cf. 1Co 1, 23).

Inculturación.

Por ello, si queremos que el diálogo entre fe y razón fructifique en nuestros días, es necesario inculturarse, usar un lenguaje y unas terminologías comprensibles y asimilables por nuestro contexto cultural, que no es, como es evidente, el de los primeros siglos de cristianismo, ni el medieval, ni siquiera el de la Ilustración o el de la modernidad, sino un contexto totalmente nuevo y disímil al cual nos acercamos muchas veces con un lenguaje y con unas terminologías que resultan en ocasiones tan ilegibles e inentendibles al modo de pensar de la contemporaneidad; como ilegibles e inentendibles hubiera sido, retomando el ejemplo, presentar a un griego a Jesús, (primaria y únicamente), como “el descendiente de David” o como el “siervo sufriente de Yahvé”.

Este es el móvil de la insistencia del Papa Benedicto XVI en fortalecer el diálogo de la Iglesia con las culturas, (en la más amplia acepción del término), pues en no pocas ocasiones no nos entendemos por la sencilla razón de que tal pareciera que estamos hablando idiomas o dialectos diferentes, con absolutismos y exclusiones que, al menos en la actualidad, no provienen precisamente de la Iglesia sino de algunos corifeos postmodernos que usan expresiones tan autócratas y absolutistas que en ocasiones dan la impresión de que están hablando “ex cathedra”. Por este motivo, no debemos olvidar, (como precisa Alicia al mosquito en la obra de Lewis Carroll), que el nombre, los términos que los humanos hemos dado a las cosas son herramientas de gran utilidad, pero sólo eso: herramientas, no los absoluticemos. Lo importante no es el nombre o la palabra que usemos, sino ir a la esencia de ese nombre y de esa palabra, pues de lo contrario ésta quedaría vacía en cuanto a su eficacia y significado. De ahí que debamos evitar, tanto desde la fe, como desde la razón, el uso de respuestas preconcebidas.

Ahora bien, ello no implica que la razón o las culturas pierdan su identidad y autonomía; ni que la fe deponga los fundamentos que le son propios ni, menos aún, que renuncie o ponga en tela de juicio los Dogmas de Fe que, por principio, (en cuanto Revelados), han sido, son y serán siempre inmutables. Lo que intentamos recalcar es que siempre es necesaria la contextualización y la inculturación. Algo que, al menos para la Iglesia, no es novedad alguna. Bástenos mirar retrospectivamente los grandes Concilios y veremos que en no pocos de ellos, (como en la metáfora de Adán “poniendo nombre” en el Edén), la Iglesia ha tenido que “dar nombre”, “crear palabras” para poder hacer asequibles a la razón las eternas verdades que el vasto, pero limitado lenguaje humano, no puede ni podrá nunca expresar por sí mismo, pues Dios siempre será el Trascendente, Aquel que supera toda palabra y toda humana expresión.

Dicho en otras palabras: los cristianos estamos llamados a expresar, anunciar y proclamar las grandes verdades de las cuales la Iglesia es custodia y depositaria en el lenguaje de nuestro hoy, si es que queremos que esas verdades sean realmente entendibles y asimilables; del resto se ocupará la gracia de Dios.

Por ello, no asintamos absolutismos ni funestos fundamentalismos. No creamos, estemos en la orilla en que estemos, que tenemos en nuestras manos el monopolio absoluto de la verdad o de su expresión última y definitiva. No caigamos en el error en que incurrieron nuestros padres primigenios en el Edén: nosotros no somos dioses, ninguno de nosotros está incólume más allá del bien y del mal, no olvidemos que Dios, (y únicamente Dios), es quien tiene palabras de vida eterna (Jn 6, 68).

Por este motivo, el diálogo entre fe y razón, entre fe y culturas, no sólo siempre es posible, sino, sobre todo, necesario e impostergable en nuestra moviediza y relativista postmodernidad. Y en este aspecto la Iglesia tiene una misión ineludible de cara a la humanidad: tender puentes, no levantar murallas. Hay muchos puntos de encuentro y cuestiones de límite. Ninguna de las partes, (ni la fe, ni la razón, ni la cultura postmoderna), puede arrogarse la prerrogativa de querer explicarlo todo, pero sí cada una de ellas, tiene algo específico que decir sobre el mundo, sobre el hombre y sobre Dios.

Para concluir, remitámonos a las palabras con que comenzamos, pero no de boca de Pitágoras, sino de la pluma del Padre Jerónimo Usera y Alarcón, quien fuera Deán y Párroco de la Catedral de La Habana a mediados del siglo XIX y Padre Fundador de la Congregación de Hermanas del Amor de Dios, quien exhortaba: “Trabajemos,

pues, únicamente por Dios... (y por el bien de los hombres). ¿Y cómo llenaremos uno y otro deber?: (pues) diciendo... (buscando y proclamando sin falsos absolutos) siempre la verdad, y haciendo siempre el bien". Sólo así cumpliremos el mandato eterno del amor que todo lo espera y congrega (cf. Jn 13,34), (único garante de un diálogo fructífero, al ser el mejor antídoto contra la soberbia y la arrogancia); así como la primera encomienda que nos dio el Señor en el Jardín del Edén al invitarnos a "dar nombre": usar y abrir la razón en toda su extensión, ensanchar nuestro concepto de razón y su utilidad, pues, como ha reiterado en múltiples ocasiones el Papa Benedicto XVI: no actuar razonablemente, no actuar con el logos, no actuar conforme a la razón, es contrario a la naturaleza de Dios. De ahí que "si la sabiduría y la verdad no se aman con todas las fuerzas del espíritu, no se podrá en modo alguno llegar jamás a su conocimiento" (San Agustín).
Muchas gracias.

-Servicio de noticias-

Arzobispado de San Cristóbal de La Habana. 2008-2010©

Puede reproducir parcial o totalmente esta información, siempre que cite la fuente original